

del califa Nasireddin Illah. El enviado, joven de nobilísima estirpe, le condujo dos camellos cargados de nafta y una compañía de lanzadores de nafta. Una carta del divan del califa le autorizaba para contraer un empréstito de 20,000 zequies para la guerra santa, de cuya devolucion salía responsable. Saladino recibió los presentes; pero no quiso hacer uso de la mencionada facultad. Los enemigos estrechaban cada vez más el asedio, y Saladino, por lo mismo, hizo avanzar su campamento desde Tell Caisan y Tell el Aguil, y envió nuevos mensajeros reclamando en marcha los socorros que estaban ya en camino. El 4 de mayo, un viérnes, día siempre favorable á Saladino, apareció ántes que ninguno el cuerpo auxiliar del príncipe Melik Dahir, gobernador de Alepo, y el mismo día uno de los lanzadores de nafta incendió una de las grandes torres de madera construidas por los sitiadores. El fuego se comunicó á las otras dos, y todas quedaron reducidas á cenizas. Este acontecimiento, que se atribuyó á la fortuna del príncipe Dahir, colmó de alegría al ejército musulmán. Todos, y el sultán el primero, montaron á caballo y galoparon hácia el campamento enemigo, queriendo provocar á los Cristianos á la batalla; pero estos permanecieron inmóviles detras de sus baluartes. La noche del siguiente día se presentó la caballería de Mosaffireddin, hijo de Seineddin, que desfiló por delante del sultán á la vista del enemigo; pues Saladino acostumbraba revistar cada nueva tropa que llegaba, mostrarla á los contrarios, y luego reunirla en su tienda y obsequiarla con las mejores cosas.

Se combatió al mismo tiempo por tierra, para alentar á la escuadra que se aproximaba. Llegó finalmente Seineddin Yusuf, príncipe de Arbil, el cual, acogido de la manera más honrosa, acampó junto á su hermano Mosaffireddin. El sultán recibió cartas de Keicawus, príncipe armenio, que le daban aviso de la marcha del emperador Federico al través del Asia Menor y de su muerte en el Karason (Cidno), río de Seleucia; añadiéndole que el ejército de los Cruzados proseguía avanzando. Saladino envió contra estos á los príncipes de su ejército. Por último, el 25 de julio se dió la batalla. Los Cristianos salieron con repentino ímpetu de sus tiendas; Saladino se lanzó á caballo, y los heraldos gritaron: «*Oh familia del islam!*» Yo mismo (escribe el historiador Behaeddin) le ví entónces, ántes que los nuestros hubiesen subido á caballo, lleno de dolor como una madre á quien se le ha arrebatado el único hijo.» Al tímbral de la batalla respondieron los tímbrals de todo el campo. Los enemigos habian penetrado hasta la tienda de Melik Aadil, donde se entregaban ya al saqueo y robaban vasos para beber; cuando Aadil saltó á caballo con los leones del islam, y avalanzándose sobre los enemigos los puso en fuga y los rechazó hasta su campamento. Saladino, cuando vió levantarse polvo en la tienda de su hermano, temblando por su

vida voló allá: su heraldo gritaba: «*¡Oh familia del islam! ¡héroses unitarios!* El enemigo de Dios está en nuestras manos; se aventuró á penetrar hasta nuestras tiendas.»

Á este grito contestaron inmediatamente los mamelucos del sultán, el ejército de Mosul conducido por su príncipe Alaeddin y el egipcio al mando de Schunkar de Alepo. La tienda de Melik Aadil quedó en breve limpia de enemigos. «Las espadas (dice Behaeddin) bebían la sangre enemiga hasta embriagarse, y los leones de la batalla se enfurecían hasta que estaban hartos.» El campo de batalla por espacio de una paraisanga se veía cubierto de cadáveres: «Yo (prosigue el historiador) nadé con mi caballo en la sangre para descubrir el número de los muertos, y no pude, porque estaban demasiado apiñados. Entre los cadáveres ví dos mujeres, y me dijeron que habian visto cuatro en la batalla, y que dos habian caído prisioneras.» Hubo pocos prisioneros, porque el sultán no quiso dar cuartel aquel día. Todo esto sucedió en el ala derecha y en el centro, pues la izquierda no tomó parte. Entre medio día y la oración de la tarde habia empezado el furor de la batalla, por manera que en tres horas se decidió la victoria, calculándose en ocho mil el número de Cristianos que perecieron. Behaeddin contó cinco filas de muertos entre las tiendas de Melik Aadil y las del campamento enemigo. La guarnición de Acric, en cuanto vió el feliz éxito del combate, hizo también una salida despues de medio día, y cogió muchas mujeres, telas de lana y seda, y calderas con la carne. Al día siguiente llegó de Alepo la noticia de que una tropa enemiga habia invadido los países septentrionales; pero saliéndoles al encuentro los de Alepo, les cortaron el camino, de manera que no se salvó más que uno solo.

Tímbrals y cémbrals anunciaron la victoria, sonriéndole la aurora más bella de lo que ha sonreído nunca á una esposa. La misma noche Caisan de Aran llevó proposiciones de un armisticio de parte de los Cristianos, trémulos como palomas, hasta la llegada de Enrique, conde de Troya. Cuando este llegó, los sitiadores cobraron ánimo, miéntras que la embajada que Saladino recibió del emperador griego, no traía ninguna esperanza de socorro. Isa Behaeddin se encontraba hacía algun tiempo en calidad de embajador cerca del emperador de Bizancio, con quien existía un convenio celebrado, segun parece, inmediatamente despues de la conquista de Jerusalem, en cuya virtud se permitía á los musulmanes el libre ejercicio de su culto en una mezquita. Á tal concesion, que por lo demás no era más que la renovacion de la libertad del culto musulmán en Constantinopla, conseguida á viva fuerza por Togrul, solo podia haber inducido al emperador, de una parte el miedo á los ejércitos de los Cruzados que inundaban los países del imperio, de la otra el temor al creciente poder de Saladino. Buscó la ayuda de este contra aquellos, miéntras que

Saladino instigaba á los Griegos á atacar á los Cruzados por la espalda. Sin embargo de que esta relacion diplomática entre el emperador griego y Saladino no tenia más fundamento que el interés momentáneo, y podia interrumpirse de un día á otro, prueba de todos modos que este, no ménos hábil político que campeón de la fe, habia tratado de aprovecharse de la natural envidia que la corte de Constantinopla alimentaba del ejército de los Cruzados, quienes atravesaban como langostas la Romania y la Anatolia. En la comitiva del embajador que Saladino habia enviado á Constantinopla, despues del convenio sobre el libre ejercicio de religion, iban imanes, heraldos de la oracion, predicadores, lectores del Corán con púlpito y facistol. En medio de los muchos musulmanes que habitaban en Constantinopla por motivos de comercio, habia gritado el muezin: «*¡Dios es grande!*» habia ejercido el iman su vigilancia en la súplica, y ejecutado el predicador la solemne oracion del viérnes en nombre del califa abasida. Cuando este enviado del islam se marchó de Constantinopla, le acompañó un embajador griego con un sello de oro que anunciaba la ejecucion del convenio.

El historiador Behaeddin estuvo presente á la audiencia, sirviéndose el embajador en ella de un intérprete. Ahora vino otro embajador griego, para completar su embajada interrumpida por la muerte del primero. Las credenciales estaban dobladas y escritas en dos columnas, entre las cuales colgaba el sello de oro del peso de quince zequies, con el retrato del emperador grabado en oro, como otras veces en cera. Pedíase en ellas el envío de la herencia del embajador muerto, aminorábase la expedicion de Federico Barbaroja, el cual (se decia allí) por las pérdidas hechas en dinero, acémilas y hombres, no podia emprender nada; é Isaac el Ángel se quejaba de que el sultán no le hubiese comunicado ninguno de sus planes, concluyendo con estas palabras. «Es claro para mi majestad que no he ganado con tu amistad mas que la enemistad de los Francos.» El embajador era hombre de edad, astuto y hábil; hablaba griego, árabe y franco, esto es, la lengua franca en su origen.

Entretanto iba continuando el sitio de Acca, y el primordial pensamiento de Saladino era introducir víveres en la ciudad por el lado del mar. El último día del año, siete naves egipcias se dieron á la vela con destino á Acca; pero una se estrelló al entrar en el puerto, y á las otras seis se las tragó el mar. Seis días despues (1191), se arruinó parte de la muralla: los sitiadores tratando de aprovecharse de este accidente, dieron un ataque en medio de la noche; pero los sitiados no dormian, sino que se ocupaban en levantar pronto muros mejores y más sólidos. Ambos accidentes, el de las siete naves malogradas y el de la muralla derruida, contristaron profundamente al sultán, considerándolos como los primeros indicios

de la pérdida de Ateca. El hambre afligia á la par la ciudad y al campamento de los Cristianos, tanto que una partida de estos desertó y fué á ofrecer sus servicios á Saladino en calidad de corsarios, obligándose á dividir las presas con los musulmanes. Saladino acogió la oferta de estos piratas, que causaron graves daños á los busques mercantes de los Cristianos: llevaron al sultán por la parte que le tocaba una mesa de singular hechura, en medio de la cual habia un globo perforado; pero no admitió la mesa ni cosa alguna, bastándole, y con él á todos los musulmanes, que los infieles fuesen vencidos por sus propios correligionarios y compatriotas.

Soplando entónces de nuevo los vientos meridionales, refrescados por las nevadas cimas del Hermon, sobre la llanura de Esdrelon, é inflando las velas de las escuadras egipcias, acudian de todas partes tropas al campamento musulmán. Pero también los Cristianos recibieron refuerzo con la llegada del rey de Francia, el cual habia traído un halcón que tenia en grande estima. Este voló á la ciudad, y cayó sobre sus muros, lo que los sitiados miraron como feliz pronóstico. El rey envió 1,000 zequies por el rescate del halcón, pero no fueron aceptados. Casi en los mismos días llegó también el conde de Flándes, que en su anterior Cruzada habia causado tanto daño á los musulmanes con la conquista de Hama y Arum. Se dijo de Laodicea que algunos súbditos musulmanes habian hecho un desembarco en Chipre, sorprendido en día festivo una iglesia y cogido prisioneros al sacerdote y al pueblo, entre ellos veintisiete señores, llevándose un botín tan copioso que tocaron por cabeza á cuatro mil dracmas de plata pura. En contraposicion de esta alegre noticia, se recibió la de la llegada de cinco buques ingleses, uno de ellos cargado de mármol, víveres y armas. Á fines de mayo los sitiadores empezaron nuevamente el ataque, haciendo obrar siete máquinas contra la ciudad. Saladino, en cuanto lo supo, montó á caballo, y con unos cuantos mamelucos se adelantó hasta los fosos de los enemigos; subió el collado Tell el-Fodhul, desde donde pudo recorrer con la vista su campamento, y juzgar del efecto de sus máquinas; en seguida se volvió á sus tiendas. Algunos ladrones que se habian introducido de noche furtivamente en las tiendas de los Cristianos, le llevaron de regalo un niño de tres meses; pero cuando la madre vino á desahogar á sus piés el dolor de tal pérdida, enternecido le restituyó su hijo y mandó que se le condujese á caballo al campamento. Saladino marchó con todo el ejército á Caruba, y de allí al collado Adyadiyah, donde plantó su tienda. Entretanto el bloqueo de la ciudad continuaba cada vez más apremiante, y de día en día su condicion era más dura. Los sitiadores, para llenar el foso, arrojaban dentro no solo los carroños de sus acémilas, sino hasta los cadáveres humanos; y por su parte los si-

tiados se desembarazaban de ellos con gran trabajo, cortando algunos en trozos y arras-trando otros al mar. Saladino proseguía sus ataques en los fosos y en las trincheras; de tiempo en tiempo se presentaba un parlamen-tario, invitando á entablar algún diálogo; pero Saladino respondía: « Si necesitáis de algo, en vuestra mano está el proporcionároslo; para nada necesitamos de vosotros. »

El 8 de junio llegó con veinte buques Ri-cardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra. Tres dias despues se acercó el gran buque man-dado construir en Beiruth por Saladino, con una tripulacion de seiscientos cincuenta hom-bres, el cual sorprendido desgraciadamente por la bonanza, sucumbió al ataque de cuarenta naves inglesas. Su capitán Jacob de Alepo, viendo que se perdía sin remedio, lo hizo él mismo abrir por todos lados y se sumergió con cuanto traía á bordo, sin que el enemigo pu-diese apoderarse de las municiones ni de las armas. Este fué el tercer aviso de la próxima caída de la ciudad, que en el mismo día quedó vengada por el incendio de la gran máquina, que habiéndose situado á cinco brazas de Acca, amenazaba demoler los muros. Sus paredes de madera estaban revestidas de plomo, hierro y cobre. Contra ella se lanzaba incesantemente nafta, hasta que al fin prendió el fuego. Tres dias despues resonaron los timbales de la ciu-dad, señal de un ataque convenido entre el sultán y los sitiados; el campo de Saladino contestó al punto, y el combate duró hasta que el ardor de medio día separó á los comba-tientes. Al cabo de cuatro dias resonaron de nuevo los timbales del campamento, y la lucha se renovó con mas ardor; los musulmanes ata-caron á los Cristianos en los fosos y en las trincheras, hasta que estos con soldados de á pié y de á caballo trajeron el combate á campo abierto, y los musulmanes se abalanzaron sobre ellos. Un parlamentario cristiano pidió se-gura escolta para un enviado del rey de In-glaterra. El enviado, conducido primero á la presencia de Melik Aadil, y luego á la de Sala-dino, expuso á este el deseo del rey de Inglaterra de abocarse con él. Saladino, sin consultarlo ni pararse á pensar, contestó, « que los reyes solo debían abocarse despues de suspendida la lucha; pues no parecía regular combatir en seguida de haber estado sentados á una misma mesa. Que si el rey lo deseaba, podía hacer que precediese un acuerdo, y buscándose luego un intérprete de la confianza de ambas partes, tendría lugar la conferencia. Que tal era la vo-luntad de Dios. » En los dias siguientes alter-naron escaramuzas de puntos avanzados y misiones de heraldos: dos musulmanes mame-lucos de la hermana del rey de Inglaterra deser-taron, yendo reunirse con Saladino. Al cabo se convino en una entrevista de Ricardo y Saladino, á quien acompañaría su hermano Melik Aadil. « Los príncipes (dijo el enviado) se acostumbran enviar presentes, y el rey Ri-

cardo tiene uno que gustaria al sultán. » Aadil lo admitía con la condicion de la recíproca. « Tenemos (replicó el enviado) admirables pá-jaros de caza; pero en la travesía se han puesto débiles y flacos; necesitamos de consiguiente pollos para nutrirlos y que estén dignos de hacer con ellos un regalo. — ¡Oh! ¡oh! (exclamó Aadil) necesita quizá de pollos el rey, y nos los quiere sacar de ese modo? » Así se interrumpió por esta vez la negociacion; pero se reanudó á los ocho dias, con motivo de haber enviado el rey de Inglaterra de regalo al sultán un musulmán de Maaret prisionero. El objeto de la mision y el recibimiento de la em-bajada fué informarse de la fuerza y debilidad recíproca, de los designios é intenciones.

La guarnicion se disminuía, afanándose día y noche en oponerse á la multitud creciente de los enemigos. Los sitiadores alternaban con regularidad, de manera que hacían el servicio tropas siempre frescas, al paso que los sitiados debían al mismo tiempo estar en las murallas y en el jardín, en los buques y cerca de las máquinas. Saladino mismo al primer aviso de un ataque estaba pronto á montar á caballo, en medio del grito de alarma: ¡Oh familia del islam! Y en dias de tanto calor, ni comía ni bebía; pero sus heroicos esfuerzos no pudieron salvar la ciudad. Despues de un hecho de armas vivamente batallado el 22 de junio, llegó de Acca una carta, donde se decía que era imposi-ble resistir mas, y que si al día siguiente no se daba un golpe decisivo, se verían obligados á capitular. Esta noticia alligó en extremo al sultán; pues en Acca se encontraba reunida la flor de las tropas de Siria, Egipto y la Mesopo-tamia, al mando de los mas distinguidos capi-tanes, tales como Seifeddin Mesetub y Beahed-din Caracusch. Resonó el timbal del ejército, y se renovó un vivísimo combate; pero las tropas de Saladino pelearon con agotadas fuerzas, si bien los sitiados hicieron cuanto cabía en lo humano y hasta las mujeres tomaron parte en la lucha; llevóse á Saladino el arco de una de aquellas nobles damas vestidas de verde. Sei-feddin Mesetub fué en persona al campamento cristiano para ver al rey de Francia é impetrar la vida y que los dejase retirarse libremente; pero el rey le contestó que serían sus esclavos. Al oír esto, muchos de los primeros oficiales de los sitiados se refugiaron en el campo de Saladino; aunque manteniéndose ocultos por temor á su cólera. Saladino queria probar otra vez á llenar los fosos; pero el ejército no se-cundó su ardor. Tres enviados del rey de In-glaterra vinieron á pedir á Saladino fruta y helados para su señor. El sultán los recibió honoríficamente y mandó á Ricardo la fruta y los helados.

Dos dias despues fueron otros mensajeros á tratar con Melik Aadil de la rendicion de la plaza; pero se volvieron sin concluir nada. El 12 de julio, día de viernes, un buzo trajo una carta con la infausta noticia de que todo estaba

perdido y la ciudad arruinada; que habían ofrecido entregar la fortaleza y las naves, des-embolsar 200 zequíes, dar libertad á ciento cincuenta prisioneros y restituir la vera Cruz; que en cambio, les permitían salir libremente con sus mujeres, sus hijos y sus bienes; era preciso, además, entregar al marques de Tiro 10,000 zequíes y 4,000 á sus tropas. Saladino reunió su consejo de guerra, y los pareceres se dividieron; pero él había decidido enviar por la noche el buzo á la ciudad con el no, cuando de repente, en medio del viernes, se levantaron en la muralla las insignias y los estandartes de la Cruz, y se supo que se había estipulado la entrega con las susodichas condiciones, y que el marques de Tiro había clavado una bandera en el castillo, otra en la torre de los Templarios, y la tercera en el bastión del Elefante. Saladino no sabía qué pensar; en un viernes, día en que había conquistado á Jerusalem y vencido tantas veces á los Cruzados, acababa de caer en manos de estos el mas fuerte ba-luarte de la Palestina.

Al cabo de tres dias llegaron de la ciudad tres enviados para decir lo que se había re-suelto sobre los prisioneros y el rescate. Se les recibió con honor, y continuaron su camino hasta Damasco, para pasar allí revista á los prisioneros cristianos que debían ponerse en libertad. Los reyes de Inglaterra y Francia con-vinieron con los negociadores de Saladino en conceder á este que pagase en tres plazos el dinero estipulado. Vinieron al campo dos men-sajeros del rey Ricardo para convencerse de que la vera Cruz, que segun la capitulacion debía restituirse, estaba realmente en manos de Saladino; y cuando se les mostró, se pos-traron todos en tierra adorándola y escondiendo en el polvo la frente. El 3 de agosto Saladino, con sus guardias reales y las del cuerpo, se trasladó del collado Scheferam, donde había acampado hasta entonces, al collado vecino. Repetidos mensajeros insistían en el cumpli-miento de los artículos de la capitulacion aun pendientes, esto es, en la entrega de la vera Cruz, de 100,000 zequíes que restaban por pagar, y de seiscientos prisioneros. Hacía ocho dias que había trascurrido la tercera parte del plazo; Saladino pidió la libertad de los prisi-oneros musulmanes antes de cumplir las citadas obligaciones; pues con razon temía de la des-lealtad del rey Ricardo, que no volvería á ver á los tales prisioneros, si le entregaba sin cau-cion la Santa Cruz, los 100,000 zequíes y los seiscientos Cristianos. Los mensajeros cristia-nos no quisieron oír hablar de caucion, pues en este particular nada se había convenido, é insistieron en que el sultán debía contentarse con la palabra empeñada. El 20 de agosto fina-lizó la segunda parte del término, sin que Sa-ladino hubiese cumplido las condiciones suso-chas. Conforme á la capitulacion, si Saladino no desembolsaba el dinero, ni entregaba los prisioneros y la Cruz, podían los Cristianos re-

ducir á esclavitud á los musulmanes con sus mujeres é hijos; pero ningun poder tenían sobre su vida. Sin embargo, Ricardo contaminó su gloria con una de las mas inhumanas crueldades que han cometido los grandes conquis-tadores, como Alejandro y Carlo Magno, prime-ramente Amurátes IV y Napoleon despues. Los tres mil prisioneros musulmanes que estaban en sus manos fueron degollados en la llanura entre Caifan y Adyadiyah, famosa desde entón-ces, como ántes Gazna y luego Bagdad y Safa. Este degüello, ordenado á sangre fria, da mu-cho peso á la acusacion de los historiadores occidentales y orientales que suponen fué Ri-cardo el instigador del asesinato del marques de Tiro. Los ciegos admiradores del novelesco rey de Inglaterra han negado tal instigacion, como los deslumbrados adoradores de Napoleon el horror de la matanza de los prisioneros de Jafa; pero el Ricardo de Walter Scott no es el de la historia, y ni siquiera merece el ape-llido de Corazon de Leon, porque el leon es de-masiado magnánimo y noble para matar cru-elmente y á sangre fria á los animales, como el inhumano Ricardo lo hizo con los hombres.

Poco despues de aquel degüello, los Francos levantaron las tiendas, y siguieron las costas marítimas, acercándose á Ascalon, divididos en muchas partidas, la última de las cuales espe-raba Melik Aadil segregar de las demas. Pero cuando Saladino llegó á las dunas, supo que había pasado ya con toda felicidad el rio de Haifa, es decir, el Kischon. Saladino acampó por la noche en Gaimun, y habiendo celebrado consejo de guerra, todos unánimes acordaron continuar la marcha con el día. Así se ejecutó, y Saladino velaba sobre los bagajes, mientras que su capitán Yordik, picaba al enemigo las espaldas. Condujo los equipajes desde la aldea de los Tintoreros hasta las Fuentes Negras, donde se puso de acuerdo con su hermano Melik Aadil. Desde allí se dirigió á Melahat y visitó todo el país hasta Caissariyde para ver si había favorable campo de batalla, y por la noche volvió extenuado de fatiga. A la mañana siguiente subió el collado del Terremoto, donde debía esperar al enemigo, aun en Aifa, y re-visitó el ejército. Despues de medio día distri-buyó por caballos heridos y armas perdidas, 250 cequíes. En el consejo de guerra se decidió enviar delante los bagajes hasta Mogeddal en el camino de Jafa. Al día siguiente se dirigió á la fuente del rio que pasa lamiendo á Caissari-dye. Era tal la carestía en el campamento que un pan de cebada costaba cuatro dirhem. Des-pues de las doce Saladino recorrió de nuevo el terreno, para ver en qué sitio convenia mas dar la batalla, y la siguiente mañana trasladó el campo al collado vecino. Dos Francos que cayeron allí en poder de los musulmanes, fue-ron decapitados de orden suya, y sus cuerpos hechos pedazos por los soldados en venganza del degüello de los prisioneros de Acca.

Saladino estaba ya en Cesarea, cuando supo

que el ejército enemigo no había salido aun de Melahat. Otros dos prisioneros francos sufrieron allí igual suerte que los antedichos; pues la justa indignación provocada por la inhumana conducta de Ricardo le excitó á dictar sentencia de muerte y mutilación. Habiendo sido conducido ante él un caballero cristiano, le interrogó sobre el motivo de la lenta marcha del ejército franco y sobre el número de sus muertos y heridos; y luego le mandó decapitar, pero no dividir su cadáver en trozos. El caballero, cuando el intérprete le dijo cuál era su sentencia, ofreció dar por su persona un prisionero musulmán. La intercesión de los circunstantes y la belleza del individuo dilataron su muerte, que se llevó á cabo despues de la oracion de la tarde: aquella misma noche fueron degollados otros dos prisioneros francos. Antes del día se supo que el ejército cristiano había salido de Malahat, y que marchaba á Cesarea. Al día siguiente Saladino visitó los alrededores para escoger un buen campo de batalla. Tres francos cogidos uno tras otro y llevados á su presencia murieron como los precedentes. Siete veces había, pues, olvidado Saladino la generosidad y bondad con que acostumbraba tratar á los prisioneros, para dar libre rienda á la exasperacion de la venganza. Los que conocen sus grandes y nobles cualidades, deben con razon suponer que estas siete ejecuciones de prisioneros cristianos procedieron, mas bien que de un sentimiento personal de venganza, de la necesidad de calmar la irritacion de las tropas; pues si Saladino hubiese sido capaz de pagar con otro el inhumano degüello de Ricardo, habría inmolado á la venganza los seiscientos prisioneros que tenia en Damasco. El 29 de agosto el ejército cristiano se hallaba en Cesarea, y Saladino lo estuvo observando todo el día. Condujeron ante él el catorce Cristianos, entre ellos las hijas del hermoso caballero decapitado, cogidas en una nave en Beiruth; y mandó quitar las cadenas á las hijas del caballero y custodiar á los demas en el arsenal.

Al día siguiente le avisó su hermano Melik Aadil que el enemigo había levantado el campo de Cesarea. Inmediatamente el timbal del ejército dió la señal del ataque y llovieron de todas partes dardos sobre el ejército cristiano; pero la marcha de este estaba tan bien ordenada y la caballería tan cubierta por los soldados de á pié provistos de corazas impenetrables á los dardos, que los musulmanes no les causaron ningun mal. Las flechas se clavaban en las corazas de madera, de tal manera que los infantes, que tenían clavadas las flechas, estaban erizados como un puerco espin, sin que por eso detuviesen su marcha. Esta infantería formaba la defensa del ejército de los Cruzados por el lado de tierra, que era de donde llovian las flechas; pero la segunda línea de soldados de á pié que iban junto al mar, inaccesible á los dardos, remudaba de tiempo en tiempo á los fatigados de la línea última, con lo que no fal-

taban nunca tropas de refresco. El ejército cristiano marchaba en tres cuerpos, guiaba el primero el rey de Jerusalem, el segundo los reyes de Inglaterra y Francia, y el tercero los hijos del conde de Tiberiada: en el centro iba el carro con el estandarte de la Cruz que flotaba en una alta torre. Así caminaban sin ser molestados, y cubiertos á la derecha por el mar que les aseguraba el trasporte de los víveres, acampando al fin en la orilla izquierda del rio de Cesarea.

Ambos ejércitos prosiguieron su marcha al siguiente día. Saladino, acompañado de dos jóvenes, que conducian del diestro dos caballos, cabalgó por entre las tropas, animándolas al combate. Resonaron las timbales, las trompetas; subió á las nubes el grito de batalla; ¡Allah, Ekber! y los dos ejércitos marcharon combatiendo y llegaron á medio día al rio de la Caña, donde los Cristianos levantaron sus tiendas. Los musulmanes retrocedieron entónces; pues aquellos, una vez acampados, se burlaban de cualquier ataque de arqueros.

El viernes 7 de setiembre, se prepararon al combate ambos ejércitos, y el musulmán era, segun los Cristianos, tres veces mayor que el suyo. Los Cristianos se habían adelantado hasta los jardines de Arzuf, cuando resonó el timbal de los musulmanes y el grito de batalla. El rey Ricardo había dividido el ejército en doce escuadrones, de que formó cinco cuerpos: en el primero los Templarios, en el segundo los caballeros de Bretaña y de Anjou, en el tercero el rey Guido con los caballeros del Poitou, en el cuarto el carro de la bandera del rey, defendido por caballeros normandos é ingleses, en el quinto la flor de los caballeros guiados por los Sanjuanistas: protegía las espaldas un cuerpo de infantería, flanqueado por arqueros y ballesteros. Sobre esta retaguardia se avanzaron con tanto ímpetu Turcomanos, Moros y Beduinos que muchas compañías desordenándose buscaron asilo entre los escuadrones anteriores. Muchos Hospitalarios, privados de sus caballos por la lluvia de dardos, combatiéron á pié con arco y ballesta. Los Turcos y los Negros, armados de mazas, sobre cuyos atezados rostros flameaba el rojo turbante, como una aurora boreal en una oscura noche, repartían golpes á diestro y siniestro; pero Ricardo se obstinaba en negar la señal del ataque, y ántes que la diese, ya los Hospitalarios se habían lanzado contra el enemigo. Entónces Ricardo no rehusó mas tiempo el combate; sino que montando su excelente corcel, quitado en Chipre al emperador Isaac, voló á la cabeza de los Hospitalarios, y rompió las filas enemigas con sus terribles mandobles. Continuaba sonando el bélico timbal en el ejército de los musulmanes; no cesaba de oirse el grito. ¡Oh familia del islam! y Saladino con Melik Aadil recorrían á caballo las filas, excitando el valor de sus soldados; pero este aflojó y la batalla de Arsuf se decidió á favor de los Cristianos.

El hermano de Saladino, Aadil, y el príncipe Efdal, su hijo, habían hecho prodigios; á este último, en el ardor de la pelea, se le reventó un tumor que tenia en el rostro, cubriéndose así de sangre. Muchos de los mas valientes capitanes de Saladino perecieron; de los Cristianos uno solo cayó prisionero, que fué decapitado.

Saladino trasladó el campo desde Arsuf al Rio Ausch, que desemboca en el mar al Norte de Jafa. En los tres siguientes días procuró inútilmente atraer al combate á los Cristianos con repetidas descargas de dardos; ellos lo evitaron, y llegaron en el mejor órden á orillas del Ausch, donde ambos ejércitos acamparon, como ántes en el rio de la Caña, es decir, Saladino en la parte superior hácia el principio de las fuentes y montañas, y Ricardo en la inferior, hácia la desembocadura y las costas del mar. De aquí Saladino se adelantó hasta Ramla, donde fueron degollados otros dos Francos; y los Cristianos estaban en Jafa. Ramla ó Arimatea dista cuatro horas de Jafa, ocho de Jerusalem, una de Lidá, y está situada en la hermosa llanura de Saron, sembrada de colinas, cuyas rosas celebra el *Cántico de los cánticos*, é Isaías el perfume de sus flores, y la magnífica elegancia por todos los viajeros antiguos y modernos. Ramla se considera como la primera ciudad de Palestina, despues de Jerusalem. Soliman, hijo de Abdol Melik, sétimo califa omniada, la ciñó de murallas despues de la destruccion de Lidá, y su tío la proveyó de acueductos; hoy día está refrescada por cisternas que no ceden en tamaño y belleza á las de Alejandria. En los alrededores crece un árbol llamado del azogue, donde, segun la tradicion musulmana, el Señor Jesus inmediatamente ántes del juicio final matará al Degial, esto es, al Antecristo.

Siendo la iglesia de San Jorge tan grande y tan fuerte que se podia defender como un castillo, Saladino resolvió destruir á un tiempo á Ramla y Lidá. Repartió entre los escuadrones del ejército la obra de destruccion, y él, en persona, cuidó de que se llevase á cabo.

Ahora es cuando principian las verdaderas negociaciones de paz entre Saladino y los príncipes cruzados, interrumpidas y vueltas á anudar muchas veces, hasta que á fines del año se logró restablecer la tranquilidad tan deseada por ambas partes. El genio político de Saladino aparece en estas negociaciones tan grande como su genio guerrero en las batallas, conquistadas y retiradas.

Fué presentada á Saladino una carta del rey de Inglaterra en la que se exigian, como base de la paz, Jerusalem, los países aquende el Jordan y la vera Cruz, que siendo tan preciosa en concepto de los Cristianos, para los musulmanes no pasaba de ser un pedazo de madera. Saladino reunió su consejo y contestó en estos términos: « Jerusalem es tan santa á nuestros ojos como á los vuestros, y aun respecto de nosotros, su ca-

tegoría es mas elevada que respecto de vosotros, pues desde allí emprendió el Profeta su nocturna ascension al cielo, y allí se reunen los ángeles todas las noches. En cuanto á los países aquende el Jordan, nos pertenecen originariamente, y solo se perdieron por imbecilidad de los musulmanes de aquella época. Dios no os permite colocar aquí piedra sobre piedra, mientras la guerra dura, y nosotros gozamos de pingües rentas: ¡alabado sea Dios! Respecto á la Cruz y á la muerte del Señor Jesus en ella, lo consideramos mera fábula, y no podemos restituirla sino en el caso de que el islam reporte de la devolucion grandes ventajas. »

El veinte de octubre Melik Aadil reunió á su secretario, al historiador Behaeddin y á varios príncipes del ejército, para comunicarles las nuevas proposiciones del rey Ricardo: Aadil se casaría con su hermana; establecería su residencia en Jerusalem; Saladino engrandecería este reino con todas las ciudades del litoral, desde Acca hasta Ascalon; Aadil entregaría la vera Cruz; se restituirían á los Templarios todas sus ciudades y castillos. El historiador Behaeddin llevó, de parte de Melik Aadil, esta proposicion á Saladino, el cual no vaciló en aceptarla, aunque no la consideró mas que como una estratagema del rey. Tres veces le preguntó Behaeddin si consentía, y otras tantas contestó Saladino que sí, con toda su alma. Ibn Nahal llevó esta respuesta, en calidad de enviado de Saladino y Aadil, á Ricardo; pero cuando este lo presentó á su hermana y le habló de la demanda de su mano, esta se irritó en gran manera y juró que nunca dividiría su lecho con un musulmán. Ricardo la persuadió de que ella atraería á su esposo al Cristianismo, y de este modo quedaron anudadas las negociaciones; pero la guerra, sin embargo, no cesó.

Mas tarde un enviado del rey de Inglaterra fué á quejarse de un ataque insidioso y repentino, y pidió una entrevista con Melik Aadil. Este se dirigió á los puestos avanzados, donde se erigió un gran pabellón para la música del ejército. Melik Aadil y Ricardo comieron juntos. Ricardo pidió avistarse tambien con Saladino; pero este contestó: « No conviene que los reyes combatan despues de haber conferenciado; ni conferencian los reyes sino cuando se trata de cosas importantísimas. Nosotros no nos entendemos, y necesitamos por lo tanto de un fiel intérprete que vaya y venga hasta que se concluya el convenio. » El rey Ricardo admiró esta diplomática contestacion. Por el mismo tiempo el marques de Tiro proseguía sus negociaciones. El sultan recibió al príncipe embajador, Reinardo de Sidon, con el señalado honor de régia tienda y traje de gran gala. El 9 de noviembre le dió solemne audiencia, seguida de banquete y conversacion confidencial, en la que el enviado del marques quería se concluyese el tratado de alianza; pero el sultan, que no estaba dispuesto á consentir en la solicitud del